

por ella, en cuya ejecucion se habían nombrado misioneros que fuesen al mismo tiempo capellanes y cosmógrafos para la demarcacion de aquellos puestos en que se escusaban muchos gastos á S. M., y se facilitaba mas la conversion que no podia dejar de retardar la concurrencia de un vicario secular, y lo mismo debia decir respectivamente de las otras dos novedades que intentaba el ilustrisimo. Pasada esta peticion al Sr. fiscal D. Martin de Solis Miranda, con su parecer y el del real acuerdo, se despachó real provision de ruego y encargo al Sr. obispo de Durango para que remitiese al superior gobierno todo cuanto hubiese actuado en la materia, é hiciese recojer los títulos y presentacion de cura y vicario provincial de dicho, y nominacion ó títulos que hubiese despachado de capellan ó párroco de las naos, y nuevas conversiones de Californias, sin hacer novedad alguna en lo demas, focho en México á los 27 dias de setiembre de 1681. En el mismo dia se despachó mandamiento al almirante D. Isidro Atondo y Antillon para que no permitiese que el capellan nombrado por el Sr. obispo para las dichas naos, ni el nombrado por cura y vicario provincial de la villa de Sinaloa, tomasen posesion, ni ejerciesen dichos oficios, ni se hiciese novedad alguna en los demas misioneros.

Mision en Puebla.

En la Puebla y sus merindades se hizo este año una ruidosa y utilisima mision que en la ciudad duró tres semanas. Destináronse para ello la Santa Iglesia Catedral, la parroquia de Sr. S. José y la de las religiosas trinitarias. El Illmo. Sr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, que habia pretendido la mision, fijó tambien los lugares y el dia 29 de junio en que sobre tarde salió su ilustrisima de nuestro colegio del Espiritu Santo, acompañado de los padres y de lo mas florido de la ciudad, en bello orden cantando la doctrina cristiana. En llegando á la Catedral, sentado su ilustrisima en una silla en las gradas del altar mayor, hizo un vivo y elocuente discurso sobre las palabras del Salmo: . . . *Nolite obdurare corda vestra*, exhortando á sus ovejas á aprovecharse de aquellos dias de salud. Con tan feliz principio y la asistencia constante del prelado á los ejercicios de la mision, fué copiosisimo el fruto de la mision. Los piadosos sacerdotes de la venerable concordia de S. Felipe Neri, ayudaron en gran parte á recogerlo, predicando y practicando su apostólico ministerio en compañía de los nuestros, y en la union de un mismo espiritu. Señaláronse con particularidad el Lic. D. Juan de Vargas Inostroza, y el Dr. D. José Gonzalez de Parra. Para los indios se practicó la misma diligencia en las

parroquias del Santo Angel y S. Sebastian. Del éxito de la mision, en que tanto habia utilizado su rebaño, dió gracias su señoría ilustrisimal padre provincial Bernardo Pardo, y á los padres de los dos colegios de la Puebla.

La silla Catedral de Chiapas habia vacado tiempo ántes por muerte del Illmo. Sr. D. Marcos Bravo de la Serna. La repentina mutacion de este Sr. obispo habia hecho cuasi desesperar enteramente de la pretendida fundacion. La licencia del rey en su cédula de 4 de diciembre de 1677 habia llegado á la América á principios del año de 78, despues que los padres por los desaires del ilustrisimo se habian visto obligados á desamparar la ciudad, y cuando se hallaba el Sr. obispo en la mayor fuerza de su aversion ó de su achaque. Allegábase otra adversa circunstancia en la muerte de la fundadora Doña Maria de Alvarado, que habia acontecido el año de 1679, cuasi sin esperanza de que se lograsen sus deseos, aunque confirmando la donacion ya ántes hecha á la Compañía, prescribió seis años de término. Por otra parte, con la muerte del Illmo. Sr. D. Marcos, habian encendidos mas en los vecinos de Chiapas los antiguos deseos. El mismo Sr. obispo, poco ántes de morir, parecia haber prácticamente retractado cuanto habia hecho contra los jesuitas. Sus disturbios con la audiencia real de Guatemala, (que últimamente vinieron á sacarlo de su obispado) lo hicieron verosímilmente abrir los ojos y desconfiar de aquellos consejeros autores de su desgracia. Desamparado de todos en un pueblo miserable, apenas halló consuelo sino en el padre Andrés Gallo, de la Compañía de Jesus, en cuyas manos puso la direccion de su conciencia, y quien le asistió con religiosa caridad hasta el último suspiro. Esta conducta atrajo las bendiciones del cielo sobre aquella fundacion. A la hacienda del Rosario, que donó Doña Maria de Alvarado, se agregó la de la Concepcion que ántes habia tenido en compañía, y ya era toda en propiedad del Lic. D. Juan de Figueroa, y de que firmó escritura de donacion ante Juan Macal de Meneses, escribano público en 15 de setiembre de 1678. El reconocimiento de las fincas venia cometido por cédula de S. M. á los Sres. presidente y oidores de la real audiencia de Guatemala, y al Sr. obispo de aquella ciudad, que era en la actualidad el Sr. D. Juan Ortega Montañez. Su señoría ilustrisima, por auto espedido en 1.º de octubre del año de que tratamos, declaró ser muy seguras y suficientes dichas haciendas para la fundacion de un colegio. Los Sres. de la audiencia por su último de-

Muerte del Sr. obispo de Chiapas y licencia para aquella fundacion.

finitivo parecer mandaron ejecutar la real cédula en 16 del mismo mes, y dar á la Compañía posesion de dichas fincas para el deseado efecto de la fundacion.

Posesion de aquel colegio y muerte del hermano Miguel Omaña.

Juntamente con las dichas haciendas se mandó dar tambien posesion de las casas que habian sido del maestro de campo D. Juan de Valtierra. Hemos hablado en otra parte de la aversion que habia concebido contra nuestra religion este noble caballero, y de los esfuerzos que en otros tiempos hizo para impedir que se estableciese en Ciudad Real la Compañía. La entrada en ella de su hijo el padre Fernando Valtierra habia sido, como dijimos, todo el motivo de su cólera, persuadido á que con él querrian apoderarse los jesuitas de gran parte de su hacienda. Le duró este temor hasta que el padre Fernando llegó á hacer la acostumbrada renuncia de su legítima materna. Viendo el desinterés con que en esta ocasion se portó la Compañía, y que en lugar de perder por la renuncia de su hijo, ántes le recrecia una gran parte de caudal por haberlo dejado todo á disposicion de su padre, no pudo ménos que desengañarse y abrir los ojos sobre la pretendida codicia de los jesuitas. Mudado ya en otro hombre, comenzó á patrocinarlos y á promover la fundacion á que hasta entónces habia sido tan adverso. En prenda de su amor, hizo en vida donacion á la Compañía de sus bellas casas, que fueron efectivamente el primer colegio de Ciudad Real. Se tomó posesion de dichas casas y haciendas en 18 de octubre de 1681, y á esta causa se celebró á los principios por algunos años la fiesta de la fundacion en el dia del evangelista S. Lucas. Estaban en Ciudad Real desde los principios del año antecedente el padre Francisco Paez y el hermano Francisco de Leon, que á instancia de los mismos ciudadanos habian ido despues del fallecimiento del Sr. D. Márcos Bravo. Trató luego el padre Francisco Perez de disponer una pieza con la mayor decencia posible que sirviese de iglesia para comenzar á practicar de asiento los ministerios, á donde dispuesta en la mejor forma con solemne pompa y acompañamiento de lo mas lucido de la ciudad, pasó de la Catedral el Augustísimo Sacramento el Sr. D. Juan de Merlo, arcedeano de aquella Santa Iglesia; pero esto aconteció á 18 de enero del año siguiente. En el de 1681, de que vamos tratando, falleció en México, recibido en la Compañía, y hechos los votos religiosos del angélico jóven Miguel de Omaña. Habia deseado desde algunos años ántes renunciar enteramente al mundo y entrar en la religion. No habiéndosle permitido, determinó vivir como religio-

so en medio del bullicio del siglo. Observaba constante y exoctamente la distribucion del noviciado. Daba cada dia exacta cuenta de su conciencia, y su conversacion parecia ser enteramente en los cielos. Parece conoció con divina luz lo poco que le restaba de vida, esforzándose á consumir en poco tiempo muchos años de virtud. Aseveró mas de una vez la cercauía de su muerte, y entre fervorosísimos coloquios, gozosísimo de morir en la Compañía, pasó de este mundo vispera de la aparicion de Sr. S. Miguel, en cuyo dia, 29 de setiembre, habia nacido. Honróle Dios con una suavísima fragancia que exhalaba el cadáver, y que se persuadieron todos ser un efecto milagroso de su angélica pureza.

El año siguiente (1682) no ofrece cosa alguna digna de particular memoria, el de 1683 fué calamitosísimo al colegio, no ménos que á la ciudad de Veracruz, y cuasi á todo el reino de Nueva-España por la entrada y saqueo que hicieron de aquel puerto los piratas franceses (ó sea los llamados filiburstiers.) Lunes 17 de mayo, como á las cuatro de la tarde, se avistaron dos velas que parecia hacer por el puerto. El gobernador de la ciudad, persuadido á que fuesen dos que se esperaban de Caracas, ó acaso algunos de la flota, que segun se tenia noticia navegaba desde 1.º de marzo, no hizo de la novedad el aprecio merecido. Al obscurecer la noche, se hicieron fuera las dos embarcaciones y se perdieron de vista. Esta maniobra dió mucho que maliciar al castellano de S. Juan de Ulua y al sargento mayor, que comunicaron sus sospechas al gobernador de la plaza. Se dispuso que algunas compañías, que no eran de guardia, se acuartelasen en las casas de sus respectivos capitanes. Se avisó á los baluartes y centinelas, y se prepararon patrullas que rondasen aquella noche la ciudad con mayor número del acostumbrado. El mismo gobernador en persona rondó la mayor parte de la noche, y no reconociendo novedad, se recogió sin cuidado. Los enemigos, amparados de la oscuridad, y guiados de algunos buenos prácticos, que años ántes habian estado allí prisioneros: dejadas las dos embarcaciones fuera de tiro de cañon de la ciudadela y de la plaza, saltaron en piraguas y barcas pequeñas, y desembarcaron á barlovento de la ciudad, á una legua corta, donde despues se puso la Vigía que hoy llaman de Vergara. Venian en los dos barcos ochocientos hombres de armas, mandados por Lorenzo Jacome y Nicolás Agramont, nuevo pirata que el año antecedente se levantó con una urca del asentista de negros. Marcharon ácia Veracruz doscien-

1682 y 1683. Entrada de Lorenzo Jacome en Veracruz (alias el rencillo.)

tos hombres con algunos de los prácticos comandados por Lorenzo Jacome. Llegaron á estar sobre la plaza justamente á tiempo que el centinela del cuerpo de guardia tocaba las doce. A esta hora, fuera de las doce campanadas, es estilo tocar algunas otras pocas mas apresuradamente. Esta costumbre estuvo para salvar á Veracruz de aquellas manos impías. Los franceses creyendo haber sido sentidos, y que aquel toque era arrebato, dieron tumultuariamente la vuelta, y hubieran corrido hasta sus navíos, si los prisioneros que traían no les hubiesen desengañado de su error. Tomado aliento, volvieron á la marcha, y Lorenzo Jacome, con algunos pocos salvada la estacada, que entónces era aun mas baja de lo que es hoy, y á raíz del suelo, entró en la ciudad hasta la plaza. Observó el cuerpo de guardia y las calles vecinas: un profundo silencio y una suma quietud reinaba en todas partes.

3301 y 3301
ob. obrat. 31
del oxuonol
Toma de la
ciudad. 3301
Collignon

No dudó ser dueño de la ciudad, y mandó que se pusiesen en marcha los seiscientos hombres que habian quedado en la playa. A la misma hora que llegaron, se hubiera dado el asalto si los prisioneros no le hubieran aconsejado que esperase á la madrugada, tiempo en que suele ser mas pesado el sueño, que á causa del calor no suele lograrse á prima noche. Entre tanto, acordonaron la ciudad en la mejor forma que les permitía la escasez de su gente, y se mandaron disponer para el asalto al despuntar del dia; pero tuvieron que esperar, y á las cuatro ó poco mas de la mañana tenían ya repartidas sus tropas por todas las bocas calles. Nicolás Agramont, se encargó del asalto de la plaza principal y cuerpo de guardia en que verosímilmente debia estar la mayor fuerza: setenta de los suyos le acompañaban. Al ruido de la marcha salieron de sus casas el sargento mayor D. Mateo de Huidrobo, y el capitan D. Jorge Algara con espada en mano; entrambos con un soldado que tuvo valor de agregárseles, quedaron luego muertos á balazos con pérdida de un frances, y heridas de uno ó dos. De los soldados de guardia, unos cuantos se retiraron á un cuarto bajo que les sirve de cuartel, otros subieron á avisar al gobernador, que viendo ya perdida la plaza, procuró ponerse en salvo; toda la faccion apénas duraria un cuarto de hora. Con la misma facilidad se apoderaron de los baluartes, que entónces no eran mas que dos. Lorenzo Jacome, acometió el de la pólvora á sotavento de la ciudad, y á otro de los principales se le encomendó el de la Caleta. Dispararon sobre cada uno tres ó cuatro granadas y algunos arcabuces con que se rindieron al punto los pocos soldados que habia de guarnicion; así en media ho-

ra ó poco mas se hallaron dueños de las vidas y haciendas de todos los vecinos. El espanto y pavor se habia apoderado de tal suerte de los ánimos, que ni aun pensaron en defenderse. Sobraba pólvora en los almeceenes, sobraban mosquetes, de los cuales, despues de proveidos, despedazaron mas de *cuatro mil* en la plaza. En el número de la gente habia cuatro ó cinco hombres en Veracruz para aquel puño de franceses. Se tuvo aviso de los designios del enemigo, del presidente de Sto. Domingo, de Madrid y aun de Guatemala. Nada bastan las prevenciones y las diligencias humanas cuando Dios quiere castigar. Cerró el Señor todas las puertas por donde se pudiesen librar. Los barcos pescadores que todos los dias salen muchas leguas mar á fuera, no habian salido aquel lúnes. Los muchos estancieros que madrugan á traer á la ciudad todo género de hortaliza, no pudieron entrar, ni dar aviso alguno. La flota se esperaba de España, y que segun ciertas noticias, se habia hecho á la vela desde I.º de marzo sin contratiempo alguno, tardó noventa y cuatro dias, y llegó puntualmente cuando ni pudo socorrer á la ciudad, ni dar alcance al enemigo para recobrar el botin. † Pero volvámos á la narracion.

Ocupados los puestos en que pudiera haber resistencia, se dividieron en pelotones por todas las casas de la ciudad. ¡Infeliz el hombre, muger ó niño que la curiosidad ó el espanto hacia salir á la calle ó asomarse á alguna ventana! Pagaba infaliblemente con la vida. Un religioso anciano de S. Agustin fué la primera víctima en este género, á que siguieron despues otros muchos. Los prisioneros, sus conductores, los guiaron desde luego á las casas religiosas y á las de los sujetos mas ricos. Entre los demas, llegaron á nuestro colegio. Los padres, desde la madrugada, avisados de los primeros tiros, habian tenido cuidado de consumir el adorable cuerpo de Jesucristo y ocultar cuanto pudieron de la plata de la iglesia, aunque todo inútilmente, como despues veremos. Llamados al toque de la campanilla, que en otras partes eran balazos á las puertas, bajaron á la portería, y suplicaron les diesen buen cuartel, que se les prometió francamente, y se correspondió muy al contrario. Mientras los unos repartidos por la ciudad robaban las casas á los vecinos, sin distincion alguna de sexo, edad ó condicion, llevaban á la plaza y hacian sonar en el suelo, dejando

Saqueo de la
ciudad.

† Puede decirse que se fué sin la carga que venia á llevar, pues dinero y frutos preciosos que se habian acopiado, todo se lo llevaron los piratas.—EE.

en medio campo para amontonar el botin que allí iban recogiendo de los diversos cuarteles de la ciudad. Junta la mayor parte de la gente hicieron abrir por fuerza la iglesia parroquial, y puesta la tropa en dos filas á los lados de la puerta que mira á la plaza, hicieron entrar á todos. No puede ponderarse dignamente la opresion, el calor, la hambre, sed é incomodidades † que pasaron los infelices habitantes desde el martes 18 de mayo, en que fueron allí encerrados hasta el sábado 22. Mas de seiscientas personas entraron las primeras; número que á cada hora se fué aumentando con todos los demas vecinos, fuera de los que tuvieron la fortuna de escapar á los montes. Cada una de estas reclutas aumentaba considerablemente el mal de todos, hasta llegar á no caber sino de piés y apretados unos contra otros, sin libertad de mudar de situacion. Ahogáronse algunos niños y mugeres, y murieron algunos de hambre, pues para tanto número de gentes no se repartian sino dos costales de vizcocho durísimo, y algunas botijas de agua por dia. Tuvieron mejor fortuna mil y quinientos negros esclavos, de quienes necesitaban para la conduccion de la presa.

Calamidades de los presos.

Al dia siguiente por la mañana se agregó á las demas penalidades un peligro próximo de la vida en todos los presos de la iglesia. No contentos los piratas con toda la riqueza que habian juntado el dia antecedente, y la que sabian haber aun en las casas que registraran, persuadidos á que se hubiese ocultado mucha parte, quisieron descubrir con amenazas cuanto hubiese en esta parte. Para este efecto, introdujeron en la iglesia un cajon de pólvora, y poner en medio de ella una bandera roja. Lorenzo Jacome, con la espada desenvainada, y haciéndose lugar á costa de la opresion de la gente, se paseaba por el cuerpo con un aire de soberanía y de fuerza, gritando con voz ronca y espantosa que si no se descubrian los tesoros ocultos, allí moririan todos volada la iglesia y oprimidos de sus ruinas. Los gritos lastimosos de las mugeres y los niños, las voces de los hombres, ó para satisfacer á aquel bárbaro, ó para implorar la Clemencia Divina: los violentos movimientos de toda aquella pobre gente por alejarse del cajon á que se habia ya puesto una mecha, aunque á distancia grande; en fin, la confusion y el tumulto fué tal, que murieron ahogadas algunas personas,

† Debe añadirse el fetor asquerosísimo que despiden los cuerpos en Veracruz, como en toda tierra caliente, principalmente los negros. Yo crei morirme una noche en Veracruz asistiendo á la parroquia llena de ellos á un acto piadoso.—EE.

y muchas que tuvieron la desgracia de estar junto á algun banco ó pilar con brazo ó pierna, salieron con ella quebrada. En aquel alboroto, la fuerza de los que huian, quebró la puerta de la sacristía, por donde sin poderlo estorbar los piratas, salió gran parte de la gente no sin muerte de algunos y heridas de muchísimos. Por momentos esperaban la muerte, cuando Lorenzo Jacome enarbolando una bandera blanca pronunció el perdon, y el seguro de que no se ejecutaria tan inhumana sentencia. Apenas se habia algun tanto respirado de la pasada congoja, comenzando á hacer en los sugetos particulares diligencias para descubrir los imaginarios tesoros que les fingia su codicia, el primero que esperimentó su furor, como uno de los sugetos mas acaudalados de la ciudad, fué el capitán D. Fermin de Zazueta. Cargáronlo de oprobrios en medio de la multitud, y amenazáronle de mil modos para que dijese dónde habia escondido sus bienes. Respondia que todo cuanto tenia propio y ageno, habia quedado en su casa, y en ella hallarian tanto, que no habria lugar de presumir se hubiese ocultado cosa alguna. No satisfechos de esta respuesta, le dieron muchos cintarazos, y aun llegaron á ponerle al cuello un alfange para obligarle á prometer alguna considerable porcion por su rescate. Esta misma suerte corrieron todos los sugetos de algun caudal y distincion. † A los seglares ricos siguieron los prelados de las religiones. Distinguieron entre los demas, ó por su particular aficion (que es muy conocida la que han tenídole siempre los hereges de Francia) ó por la fama comun de riqueza al padre rector de la Compañía, llamándolo el primero.

Era en la actualidad rector de aquel colegio el padre Bernabé de Soto, hombre anciano, venerable y muy quebrantado de los trabajos en trece años de misiones. Sacáronlo de la iglesia á la mitad de la plaza con grande algazara en sotana y manteo, sin sombrero ó bonete, estremamente debilitado del ayuno total del dia pasado y de la opresion y falta de sueño. Pusiéronle en presencia de Lorenzo Jacome, que le mandó hincar de rodillas en una estera, y juntar las manos ante el pecho en un ademan humilde y respetuoso. En esta postura, despues de haberlo vituperado como al hombre mas indigno del mundo

Indigno tratamiento del rector de la Compañía y prelados.

† En una relacion de este suceso que he leído en Veracruz, consta que les dieron tortura en los compañeros, cosa tan horrible como vergonzosa y propia de piratas destituidos de todo sentimiento de humanidad.—EE.

y amenazádole que ni él ni alguno de los suyos habia de quedar con vida, le dijeron que el gobernador de la ciudad habia ofrecido por el rescate de su persona setenta mil pesos, que en vista de esta cantidad viese lo que podia ofrecer por el suyo. El buen anciano respondió que no tenia un maravedí, que el colegio y templo todo estaba en su poder; sin embargo, le mandaron que ofreciera: detúvose algun rato pensando lo que podria conseguir, y ofreció quinientos pesos. No bien habia pronunciado estas palabras cuando un frances descargó sobre su espalda tres cintarazos, que cada uno le hacia besar la tierra. Pusieronle inmediatamente un cuchillo á la garganta, al tiempo que otro de los franceses retiró la mano del sayon, diciendo que se le perdonaba la vida, pero que irremisiblemente habia de dar cincuenta mil pesos. Despues de esto lo apartaron de los demas, y lo llevaron al palacio. Siguióse el R. P. guardian de S. Francisco, á quien pusieron una soga al cuello, como para ahorcarle y pidieron doscientos mil pesos. Treccientos mil al padre prior de Sto. Domingo, y todos fueron despues llevados al mismo lugar, donde se habian ya apoderado de la persona del gobernador, muy maltratado de palos y cintarazos que habian llovido sobre él. El padre Bernabé de Soto, solia repetir que desde este dia habia hecho un alto concepto del oficio de rector, pues á no serlo, hubiera padecido lo mismo que los demas, y no lo hubieran singularizado tanto en los agasajos.

Presentacion
de los ciuda-
danos.

Entre tanto, era cada dia mas insoportable la prision que padecia en la iglesia parroquial el resto de los vecinos. La apretura, la hediondez, el bochorno, la hambre y la sed, la vista de muchos enfermos, y de otros que morian, los palos y heridas que llovian sobre la muchedumbre en la forzosa confusion que ocasionaba la distribucion del alimento, el dolor que necesariamente causaba á los pechos cristianos ver de aquel modo indigno profanado el lugar santo y convertido en la pocilga mas inmundada el templo de Dios vivo; todo esto junto, que hacia ciertamente indefectible la muerte de todos los ciudadanos, movió al capitan D. Fermin de Zazueta y D. Miguel de Ascué, para que otorgada licencia del cabo, se presentasen á los dos gefes la mañana del jueves. Representáronles que toda la ciudad moria allí de hambre y de miseria, que ¡cuáles eran los motivos y delitos de aquella pobre gente, de las mugeres y niños para padecer tantos trabajos! ¡Por qué se les negaban los alimentos, se les escaseaba el agua, y negaba todo consuelo! ¡No han cedido todos sus caudales? ¡No han dado hasta lo neces-

rio para su decencia? ¡Pueden hacer mas? Las cabezas de las familias han ofrecido ya para su rescate mas de lo que pueden. La suma inmensa que se pide por el rescate de la plaza, si la hay en ella, ya está en vuestras manos: si no la hay, seria necesario recurrir á lugares setenta y ochenta leguas distantes, donde tenemos nuestros correspondales: esto no puede hacerse en poco tiempo como pretendéis, y si tarda algunos dias, ¿para qué es tratar de rescatarnos despues de la muerte de nuestras mugeres y de nuestros hijos, despues del saqueo de los templos y de cuanto tenemos mas amable que la misma vida? Esta cristiana libertad hizo impresion en aquellos fieros ánimos. Mandó luego Nicolás Agramont que se aumentase la porcion del alimento y del agua, prometió que presto los pondria en libertad, y convidó á su mesa al capitan D. Fermin, demostracion no usada hasta entónces de aquella chusma infame, y que dió á las gentes affigidas algun rayo de esperanza.

Ya por este tiempo habian comenzado los piratas á conducir á sus barcos de dia y de noche, por tierra y en cárretas, y trasladado en piraguas cuanto habian sacado de la ciudad. Para la mañana siguiente del sábado 22 habian determinado salir de la ciudad y llevar consigo á to los sus habitantes á la isla de Sacrificios, situada al Oriente de Veracruz y al Sur de S. Juan de Ulúa. La tarde del viernes, por una lista que ya tenian formada, fueron llamando á todos los vecinos, y en su presencia, les dieron sentencia de ser pasades á cuchillo y quemada la ciudad si no descubrian los bienes ocultos. Estando en esto, ó fuese contingencia, ó artificio inventado, y prevenido de ellos mismos, entró por medio de la asamblea uno de sus ministros con un paño lleno de joyas de mucho valor y algunas talegas que decia haber encontrado muy ocultas. Con esto se persuadió, ó pareció persuadirse que habia mucho aun por descubrir. Crecieron tanto las amenazas, y habia tantos motivos para temerlo todo de su inhumanidad y codicia, que el vicario y juez eclesiástico D. Benito Alvarez de Toledo, se encargó de ir á la iglesia y persuadir á todos á manifestar aun lo mas mínimo, é intimárles aquella triste sentencia. Subió el vicario al púlpito y les exhortó mas con lágrimas que con palabras á que con la manifestacion de cosas tan pocas y rateras, como podian ser las que acaso ocultaban, redimiesen la ruina de su patria y sus propias vidas, que á cada instante peligraban. Repartiéronse juntos con los soldados franceses que llevaban los sacos algunos clérigos encargados de recoger lo que te-

Nuevas ame-
nazas para
descubrir los
bienes.

nian en la iglesia, y fuera de ella acompañaban otros á uno de los alcaldes ordinarios. La suma que sacaron con este artificio, pasó segun lo que *ménos*, de treinta mil pesos. Mientras esto se ejecutaba, trataron los *principales* de la ciudad de ajustar por último el rescate de ella. Despues de muchas altercaciones y amenazas, dijeron los dos gefes, que *atendidas* las fábricas y muchas otras cosas, á que habian perdonado, *era* muy poco un millon; pero que usando de su *liberalidad y clemencia*, se contentarian con doscientos mil pesos. A instancias de los diputados, quedaron al dia siguiente, sábado por la mañana, en ciento cincuenta mil pesos, que deberian entregarse dentro de diez dias; quedando en rehenes las personas mas distinguidas del lugar. Con esto, resolvieron pasarse al punto que llaman los *Hornos*, como á una legua al Sur de Veracruz.

Pasan los presos á la isla de Sacrificios

Tomada esta resolucion, mandan salir de la iglesia á todos los hombres y mugeres, negras y mulatas, quedando allí las españolas. Puestos en la plaza y escoltados de buena guardia, apartan veinte de los principales que habian de llevar en rehenes, y fuera de los sacerdotes y religiosos, hacen á todos los demas cargar, sin distincion alguna, sobre sus espaldas los muchos lios de ropa y fardos de todos géneros, harina, pólvora, grana y semillas que habian juntado en las calles; hombres y mugeres, amos y esclavos, vergonzosamente comprendidos y mezclados, sin mas distincion que el mayor sobrojo y abatimiento, en por grado ó por fuerza cargados de peso, á veces muy superior á sus fuerzas. La grita, los cintarazos y palos, eran el alivio del que caia, singularmente si era español y persona autorizada. Con este inmenso trabajo, á las doce del dia llegaban á los Hornos caminando cargados, hambrientos y débiles en el pais y estacion mas calurosa del año y del dia, sobre un terreno arenoso y ardiente. En los Hornos esperaban ya las piraguas con que fueron conducidos los rehenes á la Capitana, y los demas á la isla de Sacrificios á continuar ménos la opresion, todas las demas incomodidades que habian tolerado en tiempo de su prision en la parroquial. Allí estuvieron desde el dicho dia sábado 22, hasta el domingo 30 de mayo que se les entregó el dinero prometido. De los rehenes que habian llevado á la Capitana, volvieron luego cuatro, dos que procurasen bastimentos para los que estaban en Sacrificios, y dos que tratasen del cumplimiento del rescate. La diligencia de los dos primeros, prestó poco, y si no fuera por la de D. Francisco Carranza, alcalde ordinario, de D. Domingo de Urizar y del hermano Francisco

de Leon, coadjutor de la Compañía, hubieran perecido de hambre en Sacrificios cerca de tres mil personas. Desde el lúnes 24 enviaron igualmente á Sacrificios los rehenes restantes, que eran diez y seis, dándoles por cárcel un polvero de horno de cal de ocho varas de largo y tres de ancho, en que estuvieron ocho dias. Eran los principales el gobernador de la ciudad, el vicario eclesiástico, los padres de Sto. Domingo y S. Agustin, el padre guardian de S. Francisco, el padre Bernabé de Soto, y el padre Juan del Castillo, jesuitas. El botin que sacaron de la ciudad, no pudo saberse individualmente. En plata labrada pasaron de *mil arrobas*: en reales, por la distribución que se supo despues, cupieron á cada soldado raso, mas de *seiscientos pesos*, y eran los de esta clase mil y cien hombres, fuera de lo que se partió á cada uno de los once barcos, y lo que tomaron para sí los oficiales y los gefes, cuyas cuotas verosíblemente debieron ser cuatro, seis y aún diez y doce ó veinte veces mayores. Añádense mil y quinientos esclavos, joyas, grana, añil, harina, caldos, lencería y otros muchos efectos de España y de América, de que es la garganta aquel puerto, y se confirmará el juicio que se formó entónces de que la pérdida montaba á mas de *cuatro millones*, en solo que ellos pudieron aprovechar. De cuanto no podia servirles en escritorios, mesas, camas, espejos y otros muebles de casas, todo lo quebraban y hacian pedazos, singularmente puertas y ventanas. Finalmente, el dia 1.º de junio se hicieron á la vela cargados de despojos, con solo la pérdida de treinta y cinco hombres por diversos accidentes en Veracruz, ó por resistencia que hicieron al principio muy pocos: á los golpes y malos tratamientos pasaron de cuatrocientos los muertos. El mismo dia que se hicieron á la vela los piratas, se dejaron ver algunos navíos de la flota, que tanto tiempo habia que se esperaba, y solo llegó á ser testigo de la desgracia. Con la noticia, se destacaron la Capitana y otros navíos á darles alcance, y la burla que hicieron de sus inútiles esfuerzos, no fué el menor de sus triunfos. Fuera de los desacatos cometidos en la iglesia parroquial, conservaron el respeto á las demas iglesias, no en cuanto á saquearlas y llevarse comprendidos y mezclados con los muebles mas viles los vasos sagrados, que en esto todas fueron iguales. No profanaron las santas imágenes, sino en la parroquial y en nuestro colegio. La venerable efigie de nuestra Señora de la Soledad, que se venera en la parroquia, se dice ser una de las que indignamente ultrajaron; motivo porque se haya despues aumentado su culto y devocion. De nuestro co-

legio, entre otras cosas de devocion, la muy apreciable reliquia de un dedo de S. Francisco Javier que allí se veneraba. Habíala dado á aquella casa por ser la única que habia entónces dedicada á S. Francisco Javier el padre visitador Juan de Bueras, que con semejante recomendacion la había adquirido en Filipinas.

EL EDITOR.

La precedente relacion de la invasion de Veracruz está exactísimamente referida, porque á los conocimientos de la historia, ha añadido el padre Alegre los de veracruzano, es decir, los de un hombre que sabe muy bien lo que ha pasado en su casa, y está en sus interioridades. Mas nada nos dice con respecto á la sensacion que causó en México la noticia de Veracruz, y de ello es preciso dar alguna idea para satisfacer la impaciente curiosidad de los lectores. He aquí lo que he podido extraer de un diario antiguo que no tiene ni principio ni fin, porque es un manuscrito que existe de los pertenecientes á los padres jesuitas en la biblioteca de esta Universidad, y corre con el núm. 36, que me franqueó su bibliotecario el Sr. Dr. D. Basilio Arrillaga.

Por su contesto, que he leído con sumo trabajo por ser de pésima letra, he podido entender que lo formó D. Juan Antonio Rivera, capellan del hospital de Jesus Nazareno, y en lo que se lee contiene desde el año de 1676, hasta últimos de febrero de 1696, es decir, el espacio de veinte años durante el gobierno de los vireyes D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, arzobispo de México, el del marqués de la Laguna, y el de los condes de la Monclova y de Galve.

Este manuscrito está lleno de vaciedades, pero semejante á las poesías del viejo Enio, de las que decía Ciceron que entre mucha paja y ripio se solia encontrar uno que otro grano; suele referir hechos muy importantes, y á lo que entiendo es exacto. He aquí lo que he podido extraer con gran trabajo.

MES DE MAYO DE 1682, INVASION DE VERACRUZ.

El viernes 21 de este mes á las ocho de la mañana entraron tres correos avisando que los *filibustiers* habian entrado en Veracruz. A las tres horas se publicó bando para que dentro de dos horas se juntasen los que fuesen en estado de tomar las armas. Formóse una junta de guerra en Palacio, y se mandó estuviere á punto la compañía de á caballo del mando de *Urrutia*, y que se formasen otras *daca* de infantería.

En este mismo dia salieron de México dos oidores, *D. Martin de Solis* y *D. Frutos*, con el fin de levantar gente para Veracruz, y marcharon con cincuenta hombres: al conde de Santiago lo hizo el virey *maestre de campo*.

El domingo 23, se presentó un enviado del comandante enemigo para el virey que le pedia 150.000 pesos por rescate de la gente que habia hecho prisionera en Veracruz. Mandóse que toda la gente que estuviera reunida, se hallase á las dos de la tarde en Palacio para salir á dicho punto de Veracruz: reservóse para el si-

Mientras que los piratas franceses cuasi llevaban al último estermio el puerto y ciudad de Veracruz, se trataba en la costa de Guadalupe de una nueva entrada en la California. Desde 26 de febrero de 1677 habia el rey D. Carlos II ordenado al Sr. arzobispo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, encargase la conquista y poblacion de California al almirante D. Bernardo de Piñadero, bajo ciertas condiciones, y no pudiendo, se buscase persona que quisiera encargarse de esta comision, ó se emprendiese á espensas de S. M. Finalmente se

Espedicion á Californias.

guiente dia nombrar capitanes de *negros y mulatos*. (Debia de haber gran porcion de estas castas en México, pues hasta muchos años despues de estas ocurrencias subsistió en esta capital un batallon llamado de *pardos*, que se estinguió en el arreglo que despues se hizo de milicias urbanas y provinciales.)

El 24 de este mismo mes de mayo, fué dia de confusiones en México: cerráronse las tiendas, y las que quedaron abiertas eran servidas por mugeres.

En este dia salieron á las cinco de la tarde ocho compañías de la casa del conde de Santiago, quien llevó por *maestre de campo* (ó segundo) al mariscal de Castilla, al tesorero de casa de moneda, *D. Domingo de Cantabrana*, y al fin las compañías de negros y mulatos en cuatro carros de bazura. Fueron muchos soldados á pié, y como dos mil hombres. Todos pasaron por delante de Palacio, en cuyo balcon estaba el virey cubierto con un *quitaso*. Esta tropa fué á dormir á la villa de Guadalupe.

El martes, dia 25, llegó correo del obispo de la Puebla avisando que habia llegado á Tepeaca el gentilhomme de la flota que se esperaba del general Saldivar, con cuya noticia se alborotó México. En la tarde llegó correo de Veracruz, avisando que el enemigo permanecia allí.

El miércoles 26 llegó otro correo de Veracruz avisando la retirada del enemigo, y que se llevó cuanto habia en la ciudad, y que esperaba rescate de los hombres ricos que dejaba en la isla del Sacrificio.

El viernes 28 de mayo llegó correo avisando que el enemigo habia dejado á Veracruz sin un real, saqueando las principales casas, y que dejó cuatro hombres para recibir el rescate que pide. Dijo que habia salido un *beneficiado* con cien hombres á batirse, y que le mataron diez y siete; mas sabiendo que le iba refuerzo, procuró salirse presto el enemigo. (Es tradicion constante en Puebla, que luego que se supo allí la invasion del enemigo, todo el clero se reunió en junta en la Catedral, en la que se acordó que todo él saliera á engrosar el ejército, resolucion que no tuvo su verificativo porque á poco se supo la retirada del enemigo.)

Y se han escandalizado los españoles de que Hidalgo, Morelos, Matamoros, Balleza y otra porcion de eclesiásticos se hubiesen puesto á la cabeza de los llamados insurgentes para salvar á su nacion de la invasion francesa que temian por la que habia hecho Napoleon en España! El amor á la patria es comun á todos los hombres, y es mucho mas enérgico en los eclesiásticos, porque como mas instruidos, conocen mejor sus